

¿Dónde habita la teoría?

“Aquí te conocen todos, y nadie te había visto ¿Por qué te has apartado de las demás sombras, y qué pensamiento es ése que reúne tu alma, lejos de las nuestras, en las fronteras de este imperio transparente?”
(1)

Fedro, Eupalinos o el arquitecto.

Me gustaría reflexionar sobre dónde habita esta cosa llamada “teoría” y si es solo un espectro que deambula por los pasillos de nuestra escuela; si quizás ya no sólo debemos pensarla como algo trascendente que precede a lo edificado, sino por el contrario, poder también ubicarla desde lo edificado. *Desplazarla temporalmente nos cambiaría la perspectiva, porque nos confrontaría a no pensar su existencia e historia, sino, propondría develar que este espectro puede seguir alterando nuestro quehacer cotidiano como arquitectos.*

¿Será desde un ideal imposible?

En el diálogo que establecen Fedro y Sócrates en los confines de la muerte sobre la indivisibilidad de la reflexión y la condena al padecimiento de las ideas, se admira la condición corporal de los vivos para salir del conocimiento y volver a entrar en él. El personaje de Eupalinos el arquitecto, en confesión a Fedro, le decía:

“Cuanto más medito acerca de mi arte, más lo ejerzo; cuanto más pienso y obro, más sufro y gozo como un arquitecto; y más me siento ser yo mismo, con una claridad y una voluptuosidad cada vez más ciertas” (2).

El pensar, la teoría, por un lado, es indisoluble de la arquitectura, aun cuando la teoría de la arquitectura, habitando ese espacio que precede a lo construido, ejerce un sufrimiento en nuestro ser, adelantando la condición de su ausencia en el proyecto edificado. Y por otro, estamos en una época de lo arquitectónico, pero no necesariamente de la arquitectura, por lo que este suceso de lo edificado necesita de una teoría que se establezca para convertirse en su drama, en lo ausente al momento de la experiencia espacial. Colocar entonces a la teoría en su trascendencia platónica la convierte inmediatamente en un ideal imposible, porque la aleja de toda cotidianidad y posibilidad de ejercer pequeñas epifanías en relación con la arquitectura. Esta situación es "inalcanzable" por ser el espacio de la erudición, cerrada, tautológica, imposible al fin por verse compelida a la ausencia de solo ser completamente presente consigo misma. Esta es, en resumen, la manifestación del estado más existencial que en ella habita.

¿Será desde la voluntad?

En esta época de lo arquitectónico, con relación a la compulsión de imágenes, pareciera que nos hemos acostumbrado a estimular la voluntad a expensas del pensar. La arquitectura muy a menudo se prescribe desde una inconsciencia teórica, no necesariamente desde una ausencia de teoría.

Cualquier drama o incertidumbre que la teoría coloque como pregunta desde el proyecto será un espacio de angustia, como lo decía Eupalinos. Pareciera entonces que la teoría de la arquitectura hace que la arquitectura sólo pueda existir dramáticamente en relación con lo que no es, es decir, una teoría, pero que sin ella sólo sería producto de la voluntad de construir.

A propósito de esa voluntad, según Byung Chul Han, estamos en una época con exceso de positividad, que resulta de la superproducción, el superrendimiento o la supercomunicación. Hemos pasado a ser una sociedad en donde la negatividad hacia lo desconocido pareciera que en arquitectura tuviera que ver con la reflexión teórica.

“(..) la sociedad del rendimiento se caracteriza por el verbo modal positivo poder sin límites. Su plural afirmativo y colectivo Yes, we can expresa precisamente su carácter de positividad. La positividad del poder es mucho más eficiente que la negatividad del deber” (3)

Las ficciones, con relación al marketing sobre la arquitectura que nuestra época ha creado, son asistidas por la voluntad de algunos arquitectos para enmascarar con el manto del compromiso social arquitecturas cuya incapacidad de reflexionar se hacen evidentes, y sólo se sostienen, por la ausencia de la teoría respecto a la reflexión individual y autónoma de la disciplina.

“El discurso de lo social está más lleno de términos sensacionalistas y deseos de complacer que de ideas y propuestas consistentes que contribuyan a conformar un verdadero pensamiento crítico y activo (activista, si es preciso) sobre la necesidad de una arquitectura dotada de una responsabilidad para con la sociedad a la que sirve” (4), nos dice Fredy Massad refiriéndose al paso desde la arquitectura de la opulencia neoliberal a la exaltación de la austeridad y de la pobreza, a lo que se le quiso denominar: “Lo social”.

Veo con asombro cómo la Quinta Monroy, de Alejandro Aravena, puede ser un insumo para otorgarle el Pritzker de arquitectura, cimentado sobre una narrativa de marketing sobre sus valores y pseudo activismo. Una arquitectura vaciada de una reflexión teórica y plagada de prescripciones morales.

Para Nietzsche la doctrina de la voluntad es un instrumento para la transvaloración de todos los valores, porque siendo dinámica la jerarquía de estos se somete al dinamismo de la voluntad, es decir, a la discreción del sujeto que hace uso de ella. Es así que nuestra época, gobernada por el marketing sobre la arquitectura, hace uso de la voluntad para definir sus valores y establecer sus narrativas neopopulistas en ausencia de la teoría.

La premisa que hace Teresa Stoppani, de que la teoría de la arquitectura y la arquitectura no coinciden pero que estas colaboran entre sí (ya que la arquitectura sin teoría no es arquitectura), nos coloca en una alusión directa a la construcción. Más aún en un país como el nuestro, en el que el 70% de las viviendas son autoconstruidas, donde la voluntad de construir, de edificar pensando arquitectónicamente (desde las imágenes que la arquitectura produce más no desde un corpus de ideas) se hace evidente.

Es así que la teoría de la arquitectura desaparece cuando habita sólo desde la voluntad para hacer tangible una imagen.

¿Será desde lo edificado?

Si pensamos la arquitectura desde la teoría, la arquitectura siempre será un ideal imposible, como decíamos. Pero la teoría desde la arquitectura podrá seguir estableciendo preguntas que nos permitan jaquear a nuestra época. Los edificios no exponen teorías ni son libros abiertos y transparentes en ese sentido. Las teorías y reflexiones que los hacen posibles siempre están ocultas y se necesita decodificarlas para seguir estableciendo nuevos diálogos.

“La reflexión arquitectónica no se inicia con el edificio, ni tampoco culmina en él. El edificio no se desplaza, pero no por eso sus ideas se encuentran inmóviles” (5)

En la tríada que establece Aldo Rossi referida al texto, el dibujo y el edificio, y que en su confluencia se colocan como los momentos más importantes de la arquitectura, se manifiesta un sentido del quehacer multidireccional de la arquitectura, la teoría se establece libremente en cualquier aspecto del proceso, el dibujo y la imagen resultante, y no sólo pueden ser producto del texto, sino más bien de lo edificado.

“Dibujar los edificios, traducirlos nuevamente a representaciones en dos dimensiones, permite dar origen a nuevas ideas, aquellas que sólo son posibles porque los edificios fueron posibles”. (6)

Las imágenes nos revelan compulsivamente cómo la arquitectura se reduce al deseo retiniano y a la búsqueda de placer y felicidad. La arquitectura que se lee superficialmente desde las imágenes deviene en lo arquitectónico, estado en el cual la teoría de la arquitectura pareciera no tener cabida.

Es así que la teoría desde las pulsiones del dibujo sobre lo edificado, abren un espacio para la teoría de la arquitectura y pueden develar los procesos sobre los que construimos la realidad del mundo contemporáneo.

“Para la hermenéutica contemporánea, conocer es interpretar, e interpretar es hacerse cargo de la realidad a partir de presupuestos que aporta el sujeto que interpreta. Estos presupuestos se pueden calificar de subjetivos, pero no por ello son necesariamente arbitrarios, ya que siempre pueden ser explicitados y discutidos dentro de unos límites” (7)

La teoría puede seguir definiendo la especificidad de la disciplina de la arquitectura, pero no desde la trascendencia del ideal del proyecto, ni desde la búsqueda de su propia trascendencia teórica. En nuestra época la idea no precede a la imagen, la arquitectura de lo edificado es un continente de ideas codificadas que pueden ser develadas desde el dibujo posterior a él, y que colocadas desde la abstracción de una nueva imagen, siguen generando preguntas sin el drama del ideal imposible.

De este modo la teoría puede habitar de manera cotidiana, descentrada y subversiva a todo lo largo del proceso de la arquitectura, como respuesta y como pregunta. Su habitar incierto consiste entonces en colocarle a la disciplina de la arquitectura un drama interno que utiliza la voluntad y la imagen como herramientas de nuestro tiempo. Esto le permite pensarse en pequeñas dosis e insertarse nuevamente en la escuela, no desde la trascendencia para devenir en un ideal imposible, sino más bien como un espacio de aprendizaje desde donde seguir cuestionándose y redefiniéndose.

Bibliografía

1. Paul Valéry, *Eupalinos o el arquitecto*. Antonio Machado libros, Madrid, 2004, pág.15.
2. Ídem, pág. 27.
3. Byung-Chul-Han, *La sociedad del cansancio*. Herder Editorial, Barcelona, 2012, pág., 26,27.
4. Fredy Massad, *Crítica de choque*. QUT ediciones, Barcelona, 2018, pág., 75.
5. José Luis Villanueva, *La casa es una idea*. Arquine, México, 2019, pág. 43.
6. Ídem, pág. 44.
7. Leandro Madrazo, *Forma: Pensamiento*. Editorial Enginyeria i Arquitectura La Salle, Universitat Ramon Llull. Barcelona 2006, pág. 16.